



El teatro también se lee

IMÁGENES

Carmen Codoñer

Universidad de Salamanca

La infancia, incluso la adolescencia, para mí es un número limitado de fotos aisladas que al llegar a la madurez fui organizando sin una idea muy exacta del orden cronológico en que se sucedieron en la realidad. Los cuatro años se sobreponen a los ocho y los doce sobre los quince. En la reconstrucción se imponen, más que el recuerdo, las sensaciones: olores, colores, imágenes de lugares, sonidos ásperos o suaves... El resultado es un conjunto incoherente del que emergen como escollos algunos episodios recurrentes, que nosotros consideramos piezas claves para la interpretación del proceso que nos ha llevado a ser lo que somos. Y que, con el paso del tiempo, reelaboramos inconscientemente adaptándolos a la idea que nos hemos forjado de nosotros mismos.

Sin embargo, dentro de esas sensaciones destacan algunas que, por su escasa incidencia en la formación de nuestra personalidad, tienen ciertos visos de verosimilitud.

No recuerdo la edad. Desde luego, pasados los ocho años. De mis veranos en Ayora conservo sensaciones, imágenes. Posiblemente muchas infancias gozan de recuerdos semejantes. Pero no todos hemos compartido la misma casa en verano, ni los mismos familiares. La casa de mis tíos encerraba un misterio, un tesoro incalculable: libros. No como los que yo acostumbraba a ver en mi casa, casa de maestros, seleccionados de acuerdo con criterios formativos: autores clásicos; libros básicos de historia, geografía, literatura; diccionarios...

Eran libros que respondían al criterio único de quien había sido su dueño. Un sastre de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, creyente en el progreso y en la liberación del hombre por la cultura. Un hombre «ilustrado». Junto a un abundante número de almanaques de Bailly-Baillière, volúmenes de *El Hogar y la Moda*, pequeños manuales del médico en casa y folletines, todo encuadernado por el mismo dueño, una espléndida colección de la «Novela Teatral».

Me parece que es un rasgo común a todos los niños la consideración de la siesta como una maldición divina; hay tanto que hacer en la vida que la pérdida de esas dos horas se presenta como un desastre de gran magnitud. Otros tiempos, otros comportamientos. Cuando se decretaba la hora de la siesta había que acostarse. Pero nada impedía levantarse, con tal de que nadie se apercibiese de ello. Cerradas las contraventanas del balcón, era fácil levantarse con sigilo, entreabrir el balcón y sentarse a leer en una silla bajo un sol de justicia. Allí, a lo largo de tardes y más tardes, me leí tomos y tomos de la «Novela Teatral»: Muñoz Seca, Vital Aza, Marquina, pero también Calderón, Tirso... Leía sin programa, siguiendo el orden en que estaban encuadernados. No sabía de nombres, ni de títulos, y mi atribución de calidad se basaba en un criterio inexistente, que iba formándose precisamente con esas lecturas. Disfrutaba encajando los personajes en la escena, que recomponía de acuerdo con las sucintas acotaciones. Era atractivo encontrar reflejadas, directamente, sin reflexiones de autor ni descripciones de caracteres, escenas de una vida que no era la mía, que me exigía —y me permitía— trasladarme a un mundo diferente que debía recomponer. Era necesario recurrir a imágenes vistas en cuadros y en ilustraciones para poder reconstruir la escena. La necesidad de suplir un ambiente, recrear la situación en que ese fragmento de vida debía insertarse, era una ventana siempre abierta a la imaginación, libre de una guía que forzara mi propia interpretación.

Creo que «aprendí» a leer con el teatro. Y todavía ahora, cuando tomo en mis manos una novela, me sorprende imaginado cómo se comunicarían en escena los personajes cuya identidad se revela por procedimientos no teatrales, sino narrativos. ■